

Dublinesca: Final de la fiesta

Mauricio Molina

Hace quince años, en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* (1985), Italo Calvino trazó las líneas generales de la literatura del presente. En una de sus páginas apunta: “nace con Borges una literatura elevada al cuadrado y al mismo tiempo una literatura como extracción de la raíz cuadrada de sí misma”. *Dublinesca*, la más reciente novela de Enrique Vila-Matas, se ajusta a esta definición de manera al mismo tiempo pasmosa y original. Se trata de una obra que se atiene a los cánones del género y al mismo tiempo los subvierte, los traspasa y se convierte en un texto que se abre en múltiples direcciones. La trama es simple en apariencia: un editor, Samuel Riba, después de una crisis alcohólica, acaba de cerrar su editorial en Barcelona. Atrapado entre el ocaso de la Era Gutenberg y la eclosión de la Era Google, busca a los autores que ha editado a lo largo de su carrera para realizar los funerales del Libro en la forma como la conocemos: con imprentas, tipografías, papel y un inexorable gusto por la literatura. Las fiestas del alcohol se han terminado. El único lugar que se le ocurre a Riba para celebrar las exequias de la era Gutenberg —el único posible— es Dublín, la ciudad de James Joyce y de Samuel Beckett: esa zona ciega donde muere una literatura y nace otra. A partir de esta premisa aparentemente simple, y merced a una vocación geométrica, Vila-Matas deconstruye el imaginario de la literatura moderna. Asumen los temas caros a su autor: la imposibilidad de escribir, la posibilidad de seguir escribiendo, la búsqueda del genio, la imposibilidad de su encuentro, la nostalgia (con un dejo evidentemente melancólico que recuerda a Walter Benjamin) por una era que termina y la aplastante realidad que nos rodea, la farsa del *best-seller* y la ver-

dadera literatura, siempre oculta entre las grietas del *Ersatz* del Gran Público: te - mible molusco falsificador, depredador y destructivo.

Nada es lo que parece y todo es en realidad otra cosa en *Dublinesca*. Los personajes son al mismo tiempo entes ficcionales y simbólicos; pero no se trata, como pudiera pensarse, en el viejo simbolismo de cimonónico: son mecanismos, dispositivos narrativos —diría Deleuze— que permiten al autor desdoblarse, enmascararse en una red de heterónimos, a la manera de Pessoa, que se reúnen para hacer los funerales de la novela.

Hubo una época en que el escritor era el héroe de los relatos de Vila-Matas, pienso sobre todo en *Bartleby* y compañía. El desplazamiento hacia el editor como héroe es una marca de agua de *Dublinesca*, y ahí reside su hallazgo. Los ecos de Joyce, Beckett y Pessoa resuenan en esta novela como referentes y al mismo tiempo como dispositivos que echan a andar un mecanismo de relojería deslumbrante.

La casa de la novela está vacía. El estro crepuscular resuena en el fondo como una melodía oculta. Vila-Matas compone su novela a la manera de una fiesta donde todos ya se han ido. Los personajes devienen avatares del protagonista principal: los padres de Riba, su mujer, sus autores, una Dublín más imaginaria que real. La recaída en el alcohol de Riba en el desenlace de la novela, evidente desde las primeras páginas, no hace sino acentuar aún más la sensación de irrealidad y la supremacía de las palabras sobre los hechos y las cosas. *Dublinesca*, siguiendo los pasos de Rulfo, nos otorga el placer de contemplar a los fantasmas. La orgía ha terminado. *Dublinesca* es el lugar donde Joyce,

Rulfo, Pessoa y Beckett se encuentran: Joyce con su fasto barroco, Rulfo y la convivencia con los muertos, Pessoa con la conciencia flaubertiana de que todos los personajes son el autor, y Beckett con la aparición de entidades residuales, ectoplásmicas que no alcanzan la condición de seres. El dictamen forense es evidente: todos ya se han ido. La casa de la novela (diría Cortázar) ha sido tomada. Tenemos que irnos.

Disección del acto narrativo, conciencia de que cada personaje es una máscara, homenaje al *Ulises* de James Joyce, y a la obra del último Beckett, *Dublinesca* es un festejo sobre el fin de la novela, el canto de sirenas de una forma crepuscular clavado en la razón misma del acto de narrar. *E pur si muove*: Vila-Matas se ha acercado a esa zona donde los vivos y los muertos, donde los personajes ficticios y reales se encuentran para crear una de las novelas más estimulantes y extrañas de la escena contemporánea. Al mismo tiempo ha escrito el epitafio de la novela y, de este modo, ha convocado su evidente renacimiento fantasmal, porque sólo los fantasmas pueden existir después de la muerte. Conviven en *Dublinesca* el gran estilo, la excelsa prosa y la inteligencia, y sin embargo, sabemos que ha tocado el corazón de la escritura: la ha cambiado y ha dado a la novela un nuevo aliento que le permite saquear el museo imaginario.

Vila-Matas ha logrado escribir la gran novela sobre un género en vías de extinción con una obra maestra, acaso su obra más acabada, la que responde a las más profundas preocupaciones de su autor. Ha echado al asador toda su sabiduría literaria. Una lectura obligada para comprender la muerte y la resurrección de la novela. ■